

Mi boda

Suhail Rivera

“El *status* idóneo de una mujer debe de ser el matrimonio”. Esta frase la escuché en infinidad de ocasiones en personas mayores que me comentaban, antes de casarme, que no iba a existir mejor época en mi vida que la de ser una “flamante esposa”. La verdad esta idea me causaba risa porque ¿Cómo es posible que el valor como mujer radique en un contrato civil establecido para convivir en cordialidad y respeto mutuo? Pues sí, hoy en día mucha gente sigue opinando lo mismo de lo que es el matrimonio.

Me encontraba tan harta y cansada de las indecisiones de mi novio, que en un arranque de histeria le dije: ¿No quieres estar conmigo o qué demonios te sucede? Esa fue la pregunta clave que determinó el saber si me iba a casar o no. Después de llevar una relación bastante larga e interesante me llegó el momento de decidir si ya era el tiempo oportuno para empezar a “compartir” los corajes y las deudas, además de los buenos ratos.

Durante muchos años creí que yo sólo me casaría por dos motivos: por estar embarazada de algún gañán con quien había salido; o, llevada por un arranque de desesperación, por querer intentar una forma de convivencia diferente a ese matrimonio tan raro de mis padres.

En mis tiernos años de adolescente me obsesioné por encontrar al partido idóneo para que fuera mi príncipe azul, pero ¡oh sorpresa! nada de lo que yo estaba buscando encontré en mi camino. Las personas con las que salí sólo me causaron sinsabores y la pregunta seguía siendo la misma: ¿No voy a encontrar a nadie? ¿Estoy tan mal que nadie se fija en mí? Hoy sé que andaba muy errada en mis observaciones.



Duramos casi un año en planear todos y cada uno de los detalles de un evento tan importante como nuestra boda y, como era de esperarse, mi perfeccionismo salió a relucir en cada una de las negociaciones de lo que debía obtenerse contra lo que se debía de pagar. Fueron muchos los presupuestos, muchas las visitas a lugares, muchas las discusiones...

Entre flores y vestidos, tarjetas, aretes, trajes, cena, salones, detalles, fotografías y pleitos, empezó una cascada de sensaciones que nunca antes en mi vida había experimentado: un día todo era maravilloso y al siguiente todo era ¡una completa pesadilla!

Cuando finalmente se dio la “petición formal” me pareció extraordinario que mi novio me entregara mi anillo de compromiso, después de un viaje que hicimos al vecino país del norte a comprar unas cosas que necesitábamos. No hubo cena romántica, ni velas, ni flores, ni violines, ni serenata ni nada por el estilo; hubo sólo una cajita color rojo que contenía el inicio de un compromiso de sueños y vida en común. ¿Te quieres casar conmigo? Esa fue la pregunta más rimbombante que me habían hecho. Mi respuesta: “¿Por qué no?”.

La cena en la que su papá le pidió al mío mi mano fue muy especial, muy romántica y muy sincera. Estuvieron personas muy allegadas a la familia, nadie extraño, nadie que no debiera estar; sólo faltaron los eternos ausentes: mi abuela Dolores, mi abuelo Saúl. Don Jesús (hoy mi suegro) fue muy elocuente al decir palabras bellas y sinceras, al grado que ni yo misma me creía lo que estaba escuchando.

Era como estar ahí sin estar, sentirme espectadora teniendo mi cuerpo presente. Y cuando mi papá, que se mostró muy atento durante toda la cena, debía dar su respuesta a la petición, simplemente dijo: “Pues qué le vamos a hacer... Lo que diga mi hija”. Yo me quedé pasmada ¿Qué? ¿Eso es todo? ¡Caray! Nunca pensé que tanta formalidad culminara con una respuesta tan parca y tajante, como si le estuvieran pidiendo que regalara un pastel.

Los eventos posteriores a esa fecha fueron demasiados: preparativos, apertura de la mesa de regalos, cursos previos a la



ceremonia religiosa (los cuales fueron una completa pesadilla: tanto requisito y tanta descortesía por parte de la gente que atiende es ¡abominable!); y finalmente: las pláticas prematrimoniales (previas al matrimonio civil) ¡Válganos Dios! Dirían algunas gentes al saber y escuchar lo que te dicen ahí; sin embargo fueron las pláticas más interactivas, interesantes y educativas sobre la vida en pareja que haya escuchado.

El hecho de que mis papás estuvieran divorciados y mostraran poca disposición a acudir a la famosa plática de “presentación con el sacerdote”, parecía constituir una calamidad, pues hacía presumir que el sacerdote nos negaría el permiso para casarnos por la iglesia.

Finalmente todo salió bien y se nos dio el permiso para casarnos en el templo de Santa María Reina, pero otra sorpresa más nos esperaba cuando después de casi un mes de haber ido a notificar de la fecha y de apuntar los “requisitos necesarios” para llevar a cabo tal celebración, me topé con la sorpresa de que la “asistente” o secretaria de dicho templo tenía contratiempos para que se llevara a cabo la celebración en “vísperas de semana santa”.

Ella tenía todos mis datos para avisarme, pero no lo hizo. ¡Qué le pasa a esta gente! Yo estaba tan enojada... ¿Acaso era una señal divina de que no me debería de casar? Eso pensé y lo reafirmé al enterarme de que el salón donde haríamos el festejo estaba a punto de vender la fecha del evento. Por otra parte, teníamos demasiada gente en la lista de invitados y nadie se tomaba la molestia de confirmar si les iba a pegar gana o no de ir al festejo. ¡Uf! Era demasiado... Yo me encontraba en la histeria total.

Pasaron los meses y los días; algunos trámites se realizaron con facilidad y otros sólo avanzaban al “ahí se va”. Mi hoy esposo tenía tantos pendientes del trabajo que a veces no le alcanzaba el tiempo de sincronizarse con la maniática de su novia para saber cómo iban los preparativos de la boda. Yo estaba trabajando en un proyecto en la ciudad de Cuauhtémoc y todo iba casi perfecto, pero ese casi era el que más me preocupaba.



Empezaron las despedidas de soltera (¿Qué? ¿ningún stripper? ¡¡Buh!! Qué desilusión... ¡Ja ja ja!) y gracias a Dios, y a mucha gente, tuve bastantes presentes para iniciar mi nueva vida.

Cuando faltaba casi un mes para que se llegara la fecha de la boda, los nervios empezaron a aflorar: no llegaban las actas de nacimiento para apartar el matrimonio en el Registro civil; teníamos que tomar otra vez las pláticas prematrimoniales; los gastos subían, la tensión subía y yo ¡quería salir corriendo! Pero tuve que tomarme mis cinco minutos de relax para poder seguir con el trabajo (que estaba saliendo muy mal, pero MUY mal). Los gastos nos estaban comiendo, la supuesta casa que habíamos comprado NO estaba lista y NO la iban a entregar en la fecha, y ¿qué más podía salir mal? ¡Ah! Mi papá estaba empeñado en llevar a su “segunda esposa” a la recepción de la boda. ¡Genial! Justo lo que necesitaba para seguir con un excelente nivel de estrés.

Por fin llegó el día 2 de marzo del 2007, fecha de la ceremonia civil en la oficina del Registro ubicado en el centro, junto a la plaza mayor. Me había despertado temprano, me estaba arreglando, tenía el tiempo justo y medido para llegar a casarme por el civil. Salimos de la casa mi mamá y yo a las 10:20 de la mañana; el tráfico estaba relativamente decente y yo tenía que estar ahí al menos a las 10:50 de la mañana. Pero poco antes de llegar a la avenida Niños Héroes había una fila endemoniada de carros. Mi celular sonó mil veces: todo mundo estaba esperándome. Llegué barrida a mi boda civil, a las 11:05 de la mañana. Todo mundo se me vino encima: mi papá, que no cesaba de repetirme que llegué tarde; mi suegra que no dejaba de lanzarme “indirectas” de por qué no me levanté temprano... Todo mundo seguía acorralándome como si supieran qué había pasado. ¿Ellos no estaban en el tráfico? ¿Ellos no venían manejando?

Mi boda civil fue un contratiempo tras otro. Creí que me esperaba lo mismo en la religiosa. Pero no. Todo salió casi perfecto; la misa fue divina: todo mundo se veía espectacular; mi papá llegó con su esposa (qué más daba) y yo al final caminé hasta el



altar y dije: *“Yo Suhail Orquídea te acepto a ti...”*. Y de ahí en adelante todo fue fiesta, felicitaciones, emociones, encanto... Claro que algunos bebieron de más, mi vestido completamente sucio... pero ahí estaba él: Mi esposo. Al verlo, una frase mística resonó en mi cabeza, adquiriendo un profundo sentido: *“A donde tú vayas yo iré, tu gente será mi gente y tu Dios será mi Dios...”*.